

Thomas Urban

La matanza de Katyn

Historia del mayor crimen soviético
de la Segunda Guerra Mundial

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
1. Ataque desde el oeste y el este	17
2. Encarcelados en monasterios devastados	31
3. Viaje a la muerte	43
4. Búsqueda de los desaparecidos	57
5. Descubrimiento de las fosas comunes	73
6. La cuña de Goebbels entre los aliados	85
7. Polacos ante las tumbas de sus compatriotas	97
8. Testigos extranjeros sin eco	113
9. Aislamiento de los polacos en el exilio	135
10. La Comisión Burdenko	153
11. Persecución de testigos incómodos	169
12. Derrota del Kremlin en Núremberg	185
13. Guerra Fría y Realpolitik en Occidente	207
14. Engaño y opresión en el bloque soviético	231
15. Los errores y trucos de Gorbachov	247
16. De la cooperación a la confrontación	263
<i>Epílogo</i>	279
<i>Bibliografía</i>	283
<i>Notas</i>	287

PRÓLOGO

Katyn es uno de los crímenes de guerra más ominosos del siglo XX, un asesinato en masa que tuvo un impacto poderoso y duradero en la memoria colectiva. Pero la aniquilación de unos 4.000 oficiales polacos —la mayoría de ellos reservistas con carreras académicas— por la policía secreta de Stalin en la primavera de 1940 fue mucho más que un crimen de guerra. El nombre de este pequeño pueblo en el oeste de Rusia representa el intento de Stalin de exterminar a la clase dominante polaca, para extender su sistema totalitario de la Unión Soviética a Polonia. La orden del Kremlin no solo afectó a Katyn, sino también a otros lugares donde murieron, en total, unos 25.000 oficiales e intelectuales polacos.

Katyn también representa la mentira como un elemento central del sistema construido por Lenin y Stalin, que puso patas arriba todas las categorías morales: los que hablaban de la autoría soviética eran perseguidos como calumniadores, castigados y, en el peor de los casos, liquidados. Sobre todo a causa de la mentira de Katyn, el sistema impuesto por Moscú por la fuerza, llamado socialismo, no pudo instaurarse en la sociedad polaca. Más allá de la historia conflictiva de las relaciones polaco-rusas, la palabra Katyn también significa la búsqueda de la verdad frente a la mentira, la libertad contra la opresión, la cultura y la civilización contra la fuerza bruta y el asesinato.

La lucha por la «verdad sobre Katyn» se convirtió en una constante en el movimiento disidente y democrático polaco, del que surgió el sindicato Solidarność. A esta lucha se le dio un carácter sagrado y se situó a Katyn como el lugar donde el mal absoluto destruyó el bien, la flor de la nación. Este acontecimiento se convirtió aún más en un mito cuando el avión presidencial polaco se estrelló cerca de Smolensk en 2010, en su camino hacia la conmemoración del septuagésimo aniversario de la masacre de Katyn.

En la búsqueda de los motivos hay dos posiciones enfrentadas: en Polonia, en particular, se considera que fue un genocidio, mientras que algunos historiadores de Europa occidental y Norteamérica lo tienen por un asesinato de clase. Sin embargo, pueden plantearse objeciones a estas interpretaciones: Stalin también había deportado a las profundidades de la Unión Soviética a decenas de miles de polacos, que eran pequeños campesinos o simples trabajadores, es decir, miembros de las «clases» que, según la doctrina socialista, se convertirían en las clases dominantes.

La importancia de las categorías étnicas y nacionales en el pensamiento de Stalin se manifiesta en algunas de sus afirmaciones y, sobre todo, en sus acciones: él certificó que los polacos y los rusos eran «la misma sangre», es decir, la sangre eslava. Aunque era georgiano, abrazó las ideas paneslavas. Los rusos eran el «mayor de todos los pueblos de la Unión Soviética», lo que no se entendía solo cuantitativamente, sino que era un eco de la «tercera Roma» de la Iglesia ortodoxa rusa.

Stalin se jactó ante los representantes del gobierno polaco en el exilio de que quería destruir a los nacionalistas ucranianos, amigos, supuestamente, de los alemanes. En lo que a su élite cultural se refiere, logró grandes progresos. Reclamó poder sobre los ucranianos que vivían en ese momento en el este de Polonia, que habían sido ciudadanos polacos antes de la guerra y cuya patria nunca perteneció a Rusia. Una de las consecuencias derivadas a largo plazo de esta brutal política respecto a los ucranianos es el sangriento conflicto que hay entre Moscú y Kiev en la actualidad.

Stalin deportó a grupos étnicos enteros, como los alemanes del Volga, los chechenos y los tártaros de Crimea. Como desconfiaba de los otros pueblos, colocó a los rusos en posiciones clave en todas las repúblicas soviéticas y estados satélites. El mariscal soviético Konstantin Rokossowski se convirtió en ministro de Defensa polaco, una humillación para los ciudadanos de este país.

En sus escritos ideológicos, Stalin justificaba la solución de los problemas políticos a través de la violencia con las enseñanzas de Karl Marx, como ya lo había hecho el revolucionario Lenin. Stalin y los miembros del Politburó que estuvieron involucrados en la orden de arresto de Katyn vieron enemigos por todas partes y su pensamiento determinó distintas teorías de la conspiración, fiel al lema de Lenin que rezaba «¿Quién a quién? ¿Quién derrotará a quién?». La persecución de una misión social en el sentido en el que lo hacía Lenin, aparte de asegurar su propia posición de poder, resulta controvertida entre los historiadores. ¿Fue la fascinación patológica por el asesinato y la energía criminal ilimitada, fueron las fantasías de omnipotencia o fueron los fríos cálculos los que los impulsaron? Probablemente un poco de todo. Ahora se considera probado que Stalin fue un paranoico y que el jefe de su servicio secreto, Beria, tenía rasgos perversos. En esa época, los líderes soviéticos reclamaban el derecho a decidir sobre la vida y la muerte de los oponentes reales, potenciales y supuestos. Aparentemente, también estaban convencidos de que habían hecho algo necesario en el caso Katyn.

Los sucesores de Stalin, de una manera mucho más moderada, reclamaron también el derecho a dictar a sus ciudadanos la forma de pensar, de vivir, y el de enviar a los disidentes al Gulag o a las clínicas psiquiátricas, aceptando que sus oponentes no sobrevivirían allí. Sus servicios secretos tampoco estaban sujetos a ningún control social, eran instrumentos de terror, aunque mucho menos exhaustivos y también más predecibles.

Pero mientras Lenin predicaba abiertamente el «terror rojo», mientras que la prensa bolchevique hacía campaña indisimulada a favor de la aniquilación de los capitalistas, zaristas y sacerdotes, el régimen totalitario

de Stalin se dio la apariencia de un estado constitucional: la constitución, las elecciones, los procedimientos judiciales y los acuerdos internacionales imitaron a los de los estados democráticos. El esfuerzo orwelliano que se puso en el engaño y la propaganda eran enormes, especialmente en el caso Katyn.

Incluso el último líder soviético, Mijaíl Gorbachov, que intentó en vano modernizar el gigantesco imperio, se aferró a esta mentira durante mucho tiempo, aun teniendo un mejor acceso a la información. Solo mucho tiempo después de haber perdido el control sobre el desarrollo de los acontecimientos, admitió al menos parte de la verdad. Pero era demasiado tarde para mantener a los polacos en el bloque del Este. Katyn resultó ser una bomba que había tardado demasiado en explotar. Parte de la tragedia del fracasado reformista Gorbachov es que sus políticas hayan hecho posible enfrentar los lados oscuros de la historia soviética. La avalancha de informes sobre crímenes encargados por el Partido Comunista socavó toda la legitimidad de su gobierno.

Este libro se basa en todos los testimonios de testigos oculares, documentos y análisis del destino de los prisioneros de guerra polacos. La mayoría de ellos se publicaron en Polonia, y una parte considerable en Rusia. En el caso de Katyn, el Kremlin dirigido por Vladimir Putin intentó construir una comunidad de víctimas ruso-polacas; según esta comunidad, muchos ciudadanos soviéticos fueron asesinados en la era de Stalin y están enterrados en el mismo bosque que los oficiales polacos. En Polonia, sin embargo, estos discursos de Putin no se consideran un paso hacia la reconciliación, sino un intento de negar la responsabilidad de Rusia como sucesora legal de la Unión Soviética.

En los libros de texto rusos, Katyn no aparece tampoco como muestra del terror soviético en los territorios anexionados durante la posguerra y en los países ocupados. Más bien, se acusa a los polacos, los bálticos, los ucranianos occidentales y otros pueblos del antiguo bloque soviético de ser ingratos con Moscú tras pagar el Ejército Rojo un alto precio de sangre por librarlos del «yugo hitleriano». En la Rusia actual,

se oculta casi por completo que los soldados del Ejército Rojo también se comportaron como ocupantes groseros y que los servicios secretos de Moscú dirigieron un régimen de terror estalinista en casi toda Europa del Este en los años de la posguerra, con deportaciones e incontables asesinatos políticos.

Este libro también examina la confrontación de los Aliados Occidentales con Katyn, que no fue un asunto menor: influyó en la relación del primer ministro británico Churchill y del presidente de Estados Unidos, Roosevelt, con Stalin. En los últimos años, varios miles de páginas de una investigación del Congreso de Estados Unidos se han hecho accesibles, y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Londres también ha publicado una documentación exhaustiva en Internet. El descubrimiento de las fosas comunes por los alemanes en la primavera de 1943, cuando la guerra, a pesar de Stalingrado, parecía lejos de estar decidida, exigió que Gran Bretaña, como potencia protectora del gobierno polaco en el exilio, así como Estados Unidos, adoptaran una postura. El gobierno polaco en el exilio acusó a la Unión Soviética del crimen, amenazando con crear un grave conflicto entre los adversarios de la Alemania nazi.

Tanto Churchill como Roosevelt optaron por la *realpolitik*: la coalición anti-Hitler no debía peligrar bajo ninguna circunstancia, por consiguiente aislaron al gobierno polaco en el exilio. En la memoria colectiva de los polacos quedó que esto fue cínico e inmoral, una traición que precedió a la aún mayor de Yalta, cuando las potencias occidentales aprobaron el futuro poder de Stalin sobre Europa oriental antes del final de la guerra.

Los documentos crean una imagen más diferenciada: Roosevelt y sus más importantes consejeros estaban firmemente convencidos de la sinceridad de Stalin («Tío Joe»), eran ciegos e ingenuos. En contraste con ellos, Churchill no se hacía ilusiones sobre el carácter y los objetivos del régimen soviético. Pero él y sus expertos de Europa del Este no vieron una imagen clara de lo que sucedió en Katyn. Recibieron los informes alemanes con escepticismo, porque fue el ministro de Propaganda, Goebbels, conocido por sus gigantescas mentiras, quien impulsó la campaña

de Katyn. Esta se basó principalmente en los informes de dos médicos forenses, también de dudosa reputación: uno era un oficial superior de las SS, el otro presidente de una asociación médica nacionalsocialista. Además, los expertos británicos se dieron cuenta inmediatamente de que Goebbels quería abrir una brecha entre los Aliados.

Por primera vez, este libro también examina la función de los informes sobre Katyn en la política mediática del régimen franquista. Tras el descubrimiento de las fosas comunes en 1943, Madrid apoyó inicialmente la campaña alemana, pero luego dio un giro de 180 grados porque el Ministerio de Asuntos Exteriores español llegó a la conclusión de que Alemania perdería la guerra. El primer libro sobre Katyn no fue publicado en el Reich alemán ni en la Polonia ocupada en 1943, sino en la España de Franco. Pero con el cambio en la política exterior de Madrid, se olvidó rápidamente y no fue conocido por los historiadores internacionales.

En las dos primeras décadas después de la guerra, en la República Federal de Alemania aparecieron numerosos artículos sobre Katyn que pueden ser leídos como justificación para el ataque de la Wehrmacht contra la Unión Soviética: se propagó la opinión de que Stalin era bárbaro no solo con su propia gente, sino también con los pueblos vecinos; por lo tanto, era importante proteger a Occidente de los bolcheviques. Pero esta ola de artículos desapareció cuando, como resultado de los juicios de Auschwitz a mediados de los años sesenta, se inició un gran debate sobre la culpabilidad de los alemanes. Más y más informes sobre la política de la tierra quemada, sobre las masacres de civiles, sobre el destino de los prisioneros de guerra soviéticos ocuparon al público alemán.

Por consiguiente el crimen de Katyn no sirve para relativizar la guerra alemana de aniquilación en Europa del Este. Todo lo contrario: Katyn no puede distraer de los crímenes nacionalsocialistas. Esta sentencia proviene de Rudolf-Christoph von Gersdorff, quien, como oficial de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Centro en la región de Smolensk, supervisó la exhumación de las víctimas, y que, junto con el teniente Fabian von Schlabrendorff llevó a cabo dos intentos de eliminar a Hitler mediante

un atentado con bomba. Ambos cumplieron un papel muy importante al paralizar el plan soviético de culpar a los alemanes por Katyn en los juicios de Núremberg. Si este plan hubiera tenido éxito habría sido la culminación de la mentira de Katyn. Aparentemente no faltaba mucho. Por primera vez este libro presenta el papel de los dos conocidos miembros de la resistencia alemana contra Hitler en las batallas por la verdad sobre Katyn.

Durante mis veinticuatro años como corresponsal a orillas del Vístula, el Dniéper y en Moscú, he relatado en repetidas ocasiones las investigaciones del crimen de Katyn. Hablé con el prelado Stanisław Niedzielak, que había fundado una asociación ilegal de familiares de las víctimas durante la época de la República Popular Polaca. Poco después fue asesinado, presumiblemente por la policía secreta. Formé parte de la delegación de prensa que en noviembre de 1989, dos semanas después de la caída del Muro de Berlín, acompañó al primer ministro polaco Tadeusz Mazowiecki, el intelectual de Solidarność, al bosque cubierto de nieve de Katyn. La helada era tan severa que el agua y el vino se congelaban en el cáliz durante la misa por los muertos. Pero el sacerdote polaco estaba preparado: llevaba una botellita de vodka con él y añadió unas gotas.

En Moscú, hablé con fiscales e historiadores. Un tío abuelo de mi esposa Ewa, cuya familia procede de la antigua ciudad polaca de Tarnopol, hoy el Ternopil ucraniano, está en la lista de víctimas. Por eso participamos en reuniones y conferencias de la asociación de familiares de los oficiales asesinados. Entre las víctimas del accidente aéreo de Smolensk se encontraban algunos de nuestros conocidos de este círculo. Este libro también está dedicado a ellos.

ATAQUE DESDE EL OESTE Y EL ESTE

El 17 de septiembre de 1939, el Ejército Rojo cruzó la frontera oriental de Polonia en un amplio frente. La cúpula militar de Varsovia, que durante diecisiete días se había concentrado en los ataques de la Wehrmacht, quedó completamente sorprendida. Al principio, el gobierno incluso opinaba que los rusos debían de acudir en ayuda de los polacos. El embajador soviético en Varsovia había contribuido al equívoco: unos días antes había sugerido que se podría organizar el envío de suministros para las fuerzas armadas polacas a través del territorio soviético.¹

En Varsovia no vieron este engaño. A las tropas polacas en el este del país se les ordenó no luchar contra el Ejército Rojo. Pero los rusos trataron a los polacos como enemigos. Los aviones soviéticos lanzaron panfletos llamando a los soldados polacos a desarmar y matar a sus oficiales. Como no les hicieron caso, el servicio secreto soviético, NKVD, tomó medidas por sí mismo: disparó a docenas de oficiales polacos que no habían presentado resistencia y negociaban la entrega de sus guarniciones.²

Se atacaron ciudades y pueblos, aunque no fuera militarmente necesario. El Ejército Rojo, al igual que la Wehrmacht, dejó un rastro de destrucción en sus bombardeos de Polonia. El 22 de septiembre tuvo lugar en Brest-Litowsk un desfile conjunto de las tropas alemanas y so-

viéticas. El gobierno polaco y el mando del ejército ya se habían retirado a Rumanía en ese momento.

La partición de Polonia se acordó en el Protocolo Adicional Secreto del Pacto de No Agresión germano-soviético, que el ministro de Relaciones Exteriores Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Mólotov, comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, firmaron en el Kremlin el 24 de agosto de 1939, en presencia de Josef Stalin. El Kremlin había eliminado así las últimas inhibiciones de Hitler para iniciar la guerra contra sus vecinos del este y del oeste. De esta manera, la Unión Soviética frustró los esfuerzos del gobierno británico para neutralizar la Alemania nazi a través de una red de tratados entre estados vecinos. Stalin comentó sobre los primeros éxitos de la Wehrmacht, que había invadido Polonia el 1 de septiembre de 1939, que con la derrota polaca desaparecería «otro estado fascista».

En la madrugada del 17 de septiembre, cuando el Ejército Rojo ya estaba en la frontera polaco-soviética, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Moscú citó urgentemente al embajador polaco Waclaw Grzybowski. A las dos de la madrugada, el subalterno de Mólotov Vladimir Potiomkin leyó al diplomático la nota que invalidaba el pacto polaco-soviético de no agresión de 1932. Potiomkin, especialista en hebreo antiguo, era un viejo compañero de armas de Stalin. Ahora le dijo al embajador Grzybowski que el estado polaco se había desintegrado con la huida del gobierno a Rumanía. Por lo tanto, la Unión Soviética consideraba que era su deber proteger a la población ucraniana y bielorrusa en el territorio del antiguo estado polaco. Grzybowski protestó y se negó a aceptar la nota.

A las 04.00 horas los tanques y los cañones del Ejército Rojo pasaron la frontera. Dos semanas después se rompió la resistencia de las últimas unidades polacas que habían comenzado la lucha a pesar de las instrucciones de Varsovia. Poco después, sobre el reparto de Polonia entre la Unión Soviética y Alemania Mólotov escribió que el «bastardo de Versalles» había desaparecido.

El milagro del Vístula

En la primavera de 1919, la Conferencia de Versalles había concedido al estado polaco, que había resurgido solo unos meses antes tras 123 años de división, un gran aumento del territorio a expensas del Reich alemán. Sin embargo, la cuestión de la frontera oriental de Polonia había permanecido abierta, ya que las batallas seguían teniendo lugar en esta parte de Europa. Todavía había contingentes del Reichswehr allí, y la guerra civil rusa se desató entre las unidades blancas y el Ejército Rojo. Las tropas polacas y ucranianas también lucharon entre sí.

Utilizando mapas de las fronteras lingüísticas, el ministro de Asuntos Exteriores británico George Curzon propuso como futura frontera oriental de Polonia una línea que seguía en gran medida el curso de los ríos Bug y San. Pero el mariscal Józef Piłsudski, comandante en jefe de las fuerzas armadas polacas, buscó una confederación dirigida por Varsovia que incluyera a Lituania y a gran parte de Bielorrusia y Ucrania. Pensaba en un renacimiento de la antigua gran potencia europea Polonia-Lituania que en la segunda mitad del siglo XVIII entró en una gran crisis y estaba dividida por sus vecinos Prusia, Austria y Rusia.

Piłsudski rechazó la línea Curzon, que se basaba en criterios étnicos. Cuando el Ejército Rojo ocupó Vilnius, la capital lituana, contraatacó, viendo a Rusia como el principal enemigo de Polonia. Las tropas polacas hicieron grandes avances y ocuparon Kiev a principios de mayo de 1920. Pero los polacos solo pudieron permanecer en Kiev durante unas pocas semanas. Luego, el Ejército Rojo los expulsó de nuevo y avanzó hacia el oeste. En agosto de 1920 estaba a la orilla del Vístula.

Sin embargo, las fuerzas armadas polacas bajo el mando de Piłsudski, pudieron aplastar al Ejército Rojo no lejos de Varsovia. En el «milagro del Vístula», nombre con el que se glorificó la batalla, los polacos lograron cercar por la retaguardia a las unidades del comandante soviético Mijaíl Tujachevski. El posterior mariscal soviético culpó al comisario político Josef Stalin de la derrota, ya que anteriormente había retirado algunas de

las unidades bajo su propia autoridad. Los polacos volvieron a avanzar hacia el este y pudieron dictar sus términos de paz después de un alto el fuego.

En la paz de Riga de 1921 Polonia impuso una frontera oriental que incluía las regiones occidentales de la actual Bielorrusia y Ucrania. Se encontraba, en algunas partes, a 250 kilómetros al este de la línea Curzon. En las regiones orientales de la República de Polonia, sin embargo, los bielorrusos y ucranianos constituían la gran mayoría de la población, y solo alrededor de un tercio eran polacos. En algunas comarcas ni siquiera uno de cada diez era polaco. Sin embargo, Varsovia siguió una política estricta de polonización, acompañada de una dura represión política. Como resultado, los ucranianos, en particular los de las regiones orientales del país, rechazaban a las autoridades polacas.

En Moscú, no solo Tujachevski, sino también varios miembros del Politburó culparon a Stalin de este grave revés en la «lucha por la revolución mundial». Durante las grandes purgas de los años 1936 a 1938, este último se vengaría sangrientamente de todos sus críticos. La derrota en el Vístula también reforzó la opinión de Stalin de que la «Polonia burguesa» era el principal enemigo de la Rusia soviética.

Cuando Stalin consolidó su autocracia, también se ocupó del problema polaco. Vio una amenaza constante en la minoría polaca en los distritos occidentales de la Unión Soviética. En la década de 1930 fueron arrestados un total de 135.000 polacos que eran ciudadanos soviéticos, de los cuales casi la mitad fueron fusilados. Los sentimientos de odio y desconfianza de Stalin hacia los polacos eran tan grandes que casi todos los miembros del Partido Comunista de Polonia que habían huido a la Unión Soviética por la persecución del régimen nacionalista en Varsovia fueron liquidados. De los 3.800 miembros polacos del PK, menos de 100 sobrevivieron al Gran Terror en el exilio soviético.

En otoño de 1939 Stalin, junto con la Alemania nazi, su mayor enemigo ideológico hasta aquel momento, aplastó la República de Polonia. La propaganda soviética, que antes había denostado al Reich alemán

como «fascista», describía ahora a los polacos precisamente como «fascistas».

Sin embargo, como sujeto de derecho internacional, los aliados Hitler y Stalin no pudieron exterminar a Polonia. Porque en París se formó un gobierno polaco en el exilio, que fue reconocido diplomáticamente por Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y muchos otros estados democráticos como el sucesor legal del gobierno anterior de Varsovia.

La revancha de Sikorski

El gobierno en el exilio, sin embargo, no incluyó ni un solo ministro del gabinete de guerra. En ese momento la mayoría de ellos se encontraba en campos de internamiento en Rumanía. En el período de entreguerras, Polonia tenía una frontera común con Rumanía. La mayoría de los ministros y miembros del alto mando de las Fuerzas Armadas huyeron allí cuando, tras la invasión del Ejército Rojo el 17 de septiembre, se hizo evidente la derrota militar total contra los agresores alemanes y soviéticos. Aunque Rumanía era formalmente un estado neutral y, según el derecho internacional, debería haber concedido a los polacos el tránsito a su destino en Francia, bajo presión alemana fueron internados los generales y los miembros polacos del gobierno, excepto uno: Władysław Sikorski.

También había sido un político prominente en el período de entreguerras, pero no había ocupado un cargo público durante años porque se había enemistado completamente con los gobernantes. Antes de la Primera Guerra Mundial, Sikorski había pertenecido a las asociaciones que luchaban por el renacimiento del estado polaco. Se unió a los seguidores de Piłsudski, a quien en la Primera Guerra Mundial los austriacos permitieron la formación de legiones polacas para la lucha contra el imperio zarista. Después de la guerra, estas legiones se convirtieron en la base del nuevo ejército polaco. En la guerra polaco-soviética de 1920

Sikorski ya era general, sus tropas contribuyeron a la derrota del Ejército Rojo comandado por Tujachevski en el «milagro del Vístula».

Después de esta primera guerra de la joven república polaca, Sikorski fue ascendido a jefe de Estado Mayor. En 1922, el Sejm, el Parlamento de Varsovia, lo eligió primer ministro. Veía el futuro de la política exterior de Polonia en una estrecha alianza con Francia, y también se pronunció a favor de la cooperación con la Rusia soviética.³ Pero solo permaneció a la cabeza del gobierno durante cinco meses, y luego volvió a hacerse cargo de varios puestos de mando del ejército.

Sikorski se alejó de Piłsudski en 1926, cuando este último tomó el poder con un golpe de Estado y estableció un régimen autoritario. Fue mandado a la reserva del ejército, lo que equivalía a una jubilación anticipada involuntaria. Después de todo, se le dio la oportunidad de estudiar en la Academia Militar de París; desde ese momento se sospechó que había sido reclutado por el servicio secreto francés. A su regreso a Varsovia, Sikorski publicó análisis de política militar. Por ejemplo, predijo que las fuerzas armadas polacas no tendrían ninguna opción contra la Wehrmacht, que estaba altamente armada bajo Hitler. Pero el Estado Mayor en Varsovia rechazó sus análisis.

Después del ataque de la Wehrmacht contra Polonia el 1 de septiembre de 1939, pidió un puesto de mando, pero le fue denegado. Cuando la derrota polaca se hizo evidente, se marchó a Rumanía, al igual que muchos generales activos. Consiguió ponerse en contacto con la embajada francesa e inmediatamente obtuvo un visado para salir hacia Francia.

Gracias a sus contactos en París, Sikorski también pudo afirmarse en las feroces batallas entre los emigrantes polacos por el puesto de jefe del Gobierno en el exilio. Bajo su liderazgo, el gobierno fijó su principal objetivo en una declaración: luchar contra el Reich alemán hasta la liberación de la patria. Se decidió crear un ejército en el exilio. Los grupos clandestinos que se formaron en la Polonia ocupada debían unirse y subordinarse al gobierno en el exilio. Además, Sikorski propu-

so en París y en Londres que los británicos y franceses, junto con los polacos exiliados, apoyaran militarmente a Finlandia, que fue atacada por el Ejército Rojo.⁴

El primer ministro en el exilio logró que casi todos los 18.000 soldados polacos internados en Rumanía partieran hacia Francia. Más tarde, varios miles de polacos que habían llegado a Francia por otros medios se unieron a ellos. También ocupó los cargos de ministro de Defensa y comandante en jefe de las fuerzas armadas en el exilio. Los franceses les proporcionaron alojamiento y, junto con los británicos, equipo.

Sikorski y sus seguidores se aseguraron de que los altos cargos del gobierno de la preguerra no ocuparan puestos importantes. Sikorski les culpó por el colapso militar total de septiembre de 1939. Creó una comisión para «investigar los recientes acontecimientos en Polonia y determinar sus causas», e incluso se estaba preparando un proceso. Ordenó el internamiento de muchos oficiales que, según las primeras investigaciones, eran en parte responsables de los desastrosos preparativos de guerra.

Sikorski también se aferró a su línea irreconciliable cuando la Wehrmacht derrotó al ejército francés y a las tropas británicas en su segundo blitzkrieg (guerra relámpago) en el verano de 1940. Junto con los británicos en fuga, el ejército polaco exiliado, que no había participado en los combates, pudo cruzar el Canal de la Mancha hacia Inglaterra. El nuevo primer ministro británico, Winston Churchill, había ofrecido anteriormente Londres como nuevo asiento para el gobierno en el exilio.⁵

Ni Berlín ni Moscú reconocieron al gobierno en el exilio. En cambio, ambas potencias construyeron sus propias estructuras de poder en la Polonia ocupada. Tomaron medidas específicas contra la élite polaca. Tanto los ocupantes alemanes como los soviéticos asumieron el dominio sobre la vida y la muerte de las personas en la dividida Polonia. Sus métodos de opresión eran similares. Lo que los nazis llamaron un «destino nacional sin esperanza» fue llamado «lucha de clases intensificada» por los soviéticos.

Trato especial y liquidación de los pans

El Imperio alemán se anexionó las regiones oeste y noroeste de Polonia. El resto de Polonia ocupada por ellos se llamaba Gobierno General. El exjefe de la oficina legal del NSDAP, Hans Frank, como gobernador general residía en Wawel, el antiguo castillo real de Cracovia. Las SS no solo persiguieron a los judíos, para cuyo asesinato se inventó el término «trato especial», sino también a la clase alta y a los intelectuales polacos. Varios miles de propietarios de fincas y fábricas, maestros y profesores, abogados, médicos, ingenieros y clérigos fueron asesinados. La mayoría de los sobrevivientes de estos grupos fueron enviados a campos de concentración. Más de dos millones de polacos se vieron obligados a trabajar para empresas alemanas.

La «Ley penal especial para los polacos» les quitaba toda la protección legal. El menor delito se sancionaba con penas draconianas, mientras que las «declaraciones antialemanas» se castigaban con la pena de muerte. Las pertenencias privadas de los polacos podían ser confiscadas en cualquier momento. Las autoridades alemanas requisaron aparatos de radio, cámaras, binoculares, instrumentos musicales y bicicletas.

Las fuerzas de ocupación cerraron todas las instituciones de enseñanza superior de Polonia, la Universidad de Cracovia se convirtió en una institución universitaria alemana, y se permitió que algunos profesores polacos siguieran trabajando allí como asistentes científicos. Por lo demás, para Polonia, por inspiración del líder de las SS Heinrich Himmler, solo se planificó una escuela primaria de cuatro clases para «subhumanos eslavos». Polonia iba a ser destruida como nación cultural. Esta fue otra razón por la que las fuerzas de ocupación transportaron sistemáticamente objetos de arte de museos e iglesias a Alemania. Las bibliotecas y los archivos fueron incendiados.

Al mismo tiempo, los ocupantes publicaron periódicos en polaco que no solo alababan los éxitos de la Wehrmacht, sino también el «nuevo orden» en el Gobierno General. Hitler dio a Frank la orden secreta de

«hacer de la zona, en su estructura económica, social, cultural y política, un montón de escombros». En una reunión secreta, Frank explicó a sus altos funcionarios y a los oficiales superiores de las SS en el Gobierno General: «Lo que hemos encontrado ahora en la clase dominante polaca debe ser liquidado, y lo que vuelva a crecer debe ser asegurado por nosotros y retirado de nuevo dentro de un período de tiempo correspondiente». ⁶ Frank ordenó la acción AB, las dos letras significaban «pacificación extraordinaria» (*außerordentliche Befriedung*). Unos 5.000 intelectuales polacos fueron víctimas de ella.

En las regiones ocupadas por el Ejército Rojo, la administración militar soviética apenas había aparecido en los primeros tiempos. Bandas de saqueadores marcharon por las aldeas, cientos de terratenientes polacos fueron brutalmente asesinados, al igual que funcionarios y policías. Fue solo después del colapso del orden público, que obviamente habían buscado, cuando los funcionarios soviéticos tomaron la administración de estos territorios con mano dura.

El 22 de octubre de 1939, cinco semanas después de la invasión del Ejército Rojo, se celebraron elecciones en los territorios ocupados. Los candidatos fueron designados por funcionarios soviéticos. Muchos criminales fueron incluidos en las listas de candidatos. De esta manera los soviéticos querían burlarse de los principios morales de la población, profundamente religiosa. En las mesas electorales se encontraban oficiales uniformados y funcionarios de la policía secreta NKVD. Más del 90 por ciento de los votos fueron para los candidatos que pidieron que los territorios ocupados se anexionaran a la Unión Soviética.

El 1 de noviembre de 1939, el Soviet Supremo de Moscú respondió a las solicitudes de adhesión y declaró que todos los residentes de estos territorios eran ciudadanos soviéticos. Como resultado, los hombres fueron sometidos al servicio militar obligatorio y unos 150.000 tuvieron que realizar trabajos forzados en los batallones de construcción del Ejército Rojo. Los polacos y ucranianos locales, que querían evitar el servicio militar, fueron enviados al Gulag como desertores o fusilados inmediatamente.

Las nuevas autoridades eran funcionarios soviéticos. La mayoría de los antiguos funcionarios fueron detenidos como representantes de la «Polonia fascista». El NKVD reclutó informantes entre la población para espiar la vida privada de sus vecinos.⁷ Se cerraron todas las iglesias y sinagogas, se detuvo a todos los sacerdotes que no habían pasado a la clandestinidad a tiempo, a los polacos católicos romanos, así como a los grecocatólicos (Uniatos) y a los ucranianos ortodoxos; incluso los rabinos fueron objeto de una cruel persecución. El NKVD asesinó a varios cientos de sacerdotes, los supervivientes casi sin excepción marcharon al Gulag. Las nuevas autoridades soviéticas también declararon la disolución de todas las organizaciones y asociaciones eclesiásticas, así como de las escuelas del Talmud.⁸ Incluso los clubes deportivos polacos eran ahora ilegales, y fueron reemplazados por nuevos clubes soviéticos llamados Dynamo, Spartak o Tractorist.

Sovietización del este de Polonia

El idioma oficial ya no era el polaco, sino el ruso y el ucraniano. Con el fin de controlar mejor a la población, las autoridades expidieron pasaportes soviéticos. Sin pasaporte no había permiso de trabajo, no había permiso de residencia, no había billetes del transporte público, y los «enemigos de clase» no obtuvieron un pasaporte. Entre ellos había empresarios, propietarios de casas y tierras, también «kulaks», agricultores con sus propias granjas, que fueron inmediatamente expropiados; muchos de ellos fueron incluidos en las listas de deportación. Los pequeños agricultores tenían que formar koljozos (granjas colectivas), y cualquiera que se resistiera era arrestado.⁹ También se nacionalizaron todas las empresas, independientemente de su tamaño. Millones de personas se empobrecieron de esta manera en muy poco tiempo, especialmente desde que las autoridades soviéticas también declararon que todos los ahorros eran propiedad del Estado.

En pocas semanas, los funcionarios soviéticos roturaron toda la sociedad. Al igual que con las grandes purgas en la Unión Soviética de 1936 a 1938, el NKVD desmoralizaba a la población polaca y ucraniana mediante detenciones indiscriminadas. Según los historiadores, una décima parte de la población de estos territorios se encontraba en prisiones completamente superpobladas, donde las ejecuciones sin sentencia judicial estaban a la orden del día. Mucha gente intentó cruzar la frontera verde hacia el Gobierno General. Pero la línea de demarcación estaba vigilada por patrullas militares con perros e iluminada de noche con focos en muchos sectores. Muchas de las personas que fueron recogidas por los guardias fronterizos soviéticos durante su intento de fuga fueron deportadas a un campo de trabajo. Soldados alemanes patrullaban el lado del Gobierno General.

Los altos funcionarios de la Gestapo y del NKVD se reunían periódicamente para regular su cooperación. En otro acuerdo secreto, ambos gobiernos se comprometieron a no tolerar la «agitación polaca» contra la otra parte.¹⁰ Estas reuniones incluyeron noches de camaradería durante las cuales la Gestapo y el NKVD brindaron por el Führer y Stalin. Un coronel del NKVD fue acreditado ante el gobernador general Frank en Cracovia.¹¹

Sin embargo, los archivos no tenían ningún registro del contenido de los debates de estas reuniones. Durante mucho tiempo se ha especulado si se acordaron las medidas de terror alemanas y soviéticas contra la clase dominante polaca, porque la acción de las SS en el Gobierno General y las ejecuciones masivas de oficiales polacos por el NKVD tuvieron lugar poco después de una de estas reuniones, en marzo de 1940.

Ahora los historiadores polacos descartan que los nazis y los soviéticos intercambiaran información sobre el tema. Más bien, los archivos indican que ambas partes continuaron desconfiando la una de la otra. Cuando el comisario del pueblo Mólotov, cuya delegación incluía al diputado del NKVD Vsevolod Merkulov, fue recibido por Hitler en la Cancillería del Reich en Berlín en noviembre de 1940, ambos bandos

habían comenzado desde hacía tiempo los preparativos para una guerra germano-soviética.¹²

Los dirigentes soviéticos también consideraban que las deportaciones eran un medio eficaz para destruir la sociedad polaca. Tras cuatro grandes oleadas de detenciones, casi un millón de habitantes de los territorios anexionados tuvieron que emprender el duro viaje a Siberia, Kazajstán y las regiones mineras del Círculo Polar Ártico. Entre ellos, Wojciech Jaruzelski, el futuro dirigente comunista, que tenía dieciséis años en ese momento, y sus padres. Entre los deportados había decenas de miles de judíos; el NKVD había atacado especialmente a los sionistas.¹³

Durante los transportes, que a veces duraban varias semanas, las raciones eran miserables y completamente inadecuadas; unos 100.000 deportados murieron durante el viaje involuntario hacia el este. Los trenes también circulaban en invierno. El relato de un testigo contemporáneo dice: «Helada, 35-40 grados bajo cero. La gente fue traída aquí la noche entera, y luego guardada en los vagones. Una madre tenía un bebé de unos pocos meses. El niño murió en el vagón sin calefacción. Cuando se abrió la puerta y se dio agua caliente a la gente en cubos, la mujer arrojó al niño muerto directamente a la cara del oficial del NKVD. El pequeño cadáver se cayó entre las vías. El oficial llamó a dos soldados, se llevaron el cuerpo, y eso fue todo».¹⁴

En los destinos, los guardias destrozaron minuciosamente a las familias. Los deportados a menudo tenían que construir primero sus propios refugios, cabañas de madera o agujeros en el suelo. Los hombres tenían que hacer trabajos forzados, los niños eran enviados a campos especiales donde eran educados en el espíritu del comunismo. El enfoque principal de los programas de formación era el culto a Stalin. Los adultos también tenían que asistir regularmente a reuniones en las que Polonia era calificada como un estado explotador y la Iglesia católica como una institución para idiotas. Las raciones eran pobres y por lo general no había atención médica. La esperanza de vida en el campamento era inferior a un año.¹⁵

Las autoridades soviéticas dejaron sistemáticamente los apartamentos y las casas de los deportados a los rusos, que hasta entonces solo representaban una pequenísima fracción de los habitantes de las zonas anexadas.¹⁶ Los rusos también se hicieron cargo de la gestión de la mayoría de las grandes empresas, y se crearon células del partido en todas partes.

La noticia de la represión masiva también llegó a los gobiernos occidentales. Sir Owen O'Malley, embajador británico ante el gobierno polaco en el exilio, escribió en un análisis en lenguaje diplomático: «Aunque el gobierno soviético no trató a los polacos como una raza inferior, como sin duda hicieron los alemanes, es difícil no concluir que el grado de sufrimiento humano que infligieron a los polacos no fuera menor que el que les infligieron los alemanes al mismo tiempo».¹⁷